

OTRAS RAZONES

LO ABSURDO

En el escaso mes transcurrido entre el Referéndum de la Reforma Política, del 15 de diciembre de 1976, y la recepción en Palacio de los partidos ilegales (cuatro delegados de la Comisión de los Nueve de la Platajunta), el 11 de enero de 1977, cristalizó el proceso de conversión, de los creyentes en lo razonable de la ruptura democrática, a la fe en lo absurdo, a la fe en la reforma democrática de la dictadura y en el milagro español. El proceso de esta rápida conversión voluntaria, a la fe tertuliana del «credo quia absurdum», está maravillosa e irónicamente descrito en el «Postscriptum final incientífico» de Kierkegaard. «Supongamos que un hombre desee adquirir la fe. Empieza la comedia. Desea tener la fe, pero también protegerse mediante una investigación objetiva y su proceso de aproximación. ¿Qué ocurre entonces? Con la ayuda del proceso de aproximación, lo absurdo llega a ser algo distinto; deviene probable, crecientemente probable, extremada y señaladamente probable». Hasta que «lo absurdo es objeto de fe, el único objeto en que se puede creer». Y la objetividad de lo razonable se torna de repente, con lo absurdo de la nueva fe, en algo absurdo y, como dice el propio Kierkegaard, «repugnante».

Por adoración a «lo absurdo», establecido en la fe política no sólo como poder, sino como único criterio de todo juicio sobre el poder, nadie habla hoy, y quiere olvidarse, de que en la realidad social existió, para millones de españoles consecuentes con la fe en la Libertad, algo tan razonable y «repugnante» como la «ruptura democrática» y la «Junta Democrática», su causante. Pero la aproximación a la creencia en lo absurdo, en el sofá del Poder, no era suficiente. Había que dar el «salto a la fe en lo absurdo y al absurdo de la fe». Y la pértiga para este prodigioso salto mental a la creencia en la «democracia absurda», fue la ley electoral por el sistema proporcional de listas, que aseguró el imperio futuro de la oligarquía de partidos.

Lo realmente absurdo es creer en una contradicción; cometer una mala acción en nombre de la Libertad y la Democracia; aferrarse a lo improbable; sentir el mundo absurdamente; experimentar lo que contradice a las expectativas o creencias sociales comunes. Lo absurdo era confiar en la potencialidad libertadora de dos leyes, la del Referéndum y la Electoral, donde sólo se trataba de la libertad para la clase gobernante («libertad para sí»). Y carentes por tanto de punto de apoyo en la libertad en sí.

Eran dos leyes dictatoriales. Impuestas desde arriba sin posibilidad de elección. Decir «no» en el Referéndum de la Reforma era decir «sí» a la continuidad del Régimen. Decir «sí» era decir «no» a la democracia. Aprobar la ley electoral equivalía a constituir una oligarquía de partidos y cerrar el camino a la democracia. Respecto a esta clase autoritaria de elec-



ción que se dicta a sí misma sus propios motivos, Sartre dice, en «El Ser y la Nada», que «puede parecer absurda y lo es en efecto», «no porque esta elección carece de razón, sino porque no ha tenido posibilidad de no elegir». Es absurdo por que se halla más allá de todas las razones, porque «lo absurdo es una pasión, la más desgarradora de todas... cuando se hace la primera de mis verdades» (Camus).

La «voluntad de absurdo» en los dirigentes de la oposición a la dictadura imprimió carácter absurdo a la lógica autoritaria del proyecto reformista de la dictadura. La componenda de esa lógica interna del Régimen con lo absurdo aportado desde fuera por la oposición, tenía que dar por fruto la demagogia de la Transición. Autonomías sin causa, odio a lo español, es decir a sí mismo, y corrupción de lo público. La transición es absurda no porque sea contrarrazional, que lo es, sino porque encontró en lo absurdo de aquella elección imposible el origen y el fundamento de su racionalidad oligárquica.

Antonio GARCÍA TREVILANO

EL JURAMENTO DE PRAGA

La Iniciativa contra la Globalización Económica, el grupo que coordina a los resistentes más radicales, no ha conseguido realizar su proyecto: rodear el edificio que acoge en Praga la asamblea del Fondo Monetario Internacional y obligar a sus 18.000 delegados a jurar que disolverán el FMI y el Banco Mundial. Sólo después de prestar el juramento los delegados podrían salir. De haber conseguido su propósito, la resistencia frente a la globalización hubiese incorporado un nuevo hecho cimero a la historia de la capital checa. El «juramento de Praga» estaría a una altura mayor que la «defenestración de Praga» o la «primavera de Praga». Los tres césares enterrados en Praga se hubiesen estremecido de júbilo ante el fracaso del imperialismo capitalista y la recuperación del internacionalismo de los pueblos. Y por el lecho del Moldavia rodarían, junto a las milenarias piedras de tanto naufragio repetido, los cantos rodados de la nueva epopeya colectiva. Pero no ha podido ser. Razón de número, razón de poder, razón de violencia institucional y razón colectiva de Estado. Otro día será. Por ejemplo, el próximo año en Barcelona. Los resistentes de Praga, como los de Seattle, Filadelfia, Chicago o



Davos, están seguros de que el viejo topo continúa segando cizaña y abriendo caminos, de que bajo los adoquines está la playa y de que el forzado cosmopolitismo de la oligarquía mercantil y financiera terminará por desjarretarla y rebanarla. El Manifiesto Comunista lo dijo hace más de ciento cincuenta años: «Empujada por la necesidad de nuevos mercados, la burguesía invade el globo entero. Necesita implantarse por todas partes, explotar por todas partes, establecer en todas partes sus relaciones. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía da un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países».

Por lo pronto, se ha terminado el sosiego de las reuniones más encopetadas de la crema mundial del neoliberalismo económico. La tensión, la crispación y la desesperación cunden de tal forma que las conferencias y cabildos han de realizarse con nocturnidad y alevosía, en la negra sombra de la clandestinidad. Espesos muros de policías, portales, caballos, vehículos blindados, mangueras, gases y demás parafernalia represiva defienden a los representantes del poder oligárquico del turbocapitalismo de unas decenas de miles de personas desarmadas pero no inermes, pobres mas no humildes, desposeídos pero no sometidos. Su hazaña de Seattle estará mucho tiempo en la conciencia y en la mesa de todas las oligarquías mundiales. Algunos piensan que marcó el comienzo de la Internacional de la Resistencia, el tiempo de partida de una consecuente y coordinada decisión colectiva de pisotear cada vez que se pueda la cabeza de esa víbora que es la arbitrariedad y la opresión. Pese a la multiplicación de gestos desdeñosos y pretorianos, las autoridades del FMI y el Banco Mundial se han apresurado a «parlamentar» con los críticos que les parecen más abordables o representativos. Bono, el vocalista del grupo pop U2, que desde hace años apoya la condonación de la deuda de los países más miserables, ha sido convocado por el secretario norteamericano del Tesoro, el ministro norteamericano de Finanzas, el director del FMI y el presidente del Banco Mundial. Casi nadie. A la salida de la reunión —todo un símbolo de la importancia adquirida por los resistentes— Bono ha dicho con la mayor naturalidad: «Me han asegurado que están comprometidos con la condonación de la deuda, pero yo no veo que se estén tomando las medidas necesarias». La promesa de perdonar la deuda a los países más pobres se ha repetido una y otra vez. ¿Se cumplirá ahora? ¿O será nuevamente «ese día fugaz» que, igual que un delincuente, aprovecha las sombras para irse», del que nos habla Ángel González? Ya quedan pocas sombras en las que esconderse o emboscarse. Y llegará el día del juramento. No será «sobre un cerrojo de hierro/ y una ballesta de palo», como la jura de Santa Gadea. Será sobre sangre, miseria, basura quemada en Seattle y oro rodeado de mierda. Un juramento cargado de odio. La riqueza y el poder no pueden ser generosos. Las clases sociales, tampoco.

Joaquín NAVARRO

VACACIONES EN PRAGA

No han sido, precisamente, las maravillas de Praga, la capital checa, que atrae cada año a tantos turistas españoles, el motivo del «tour operador» que ha congregado allí a miles de personas bajo la bandera de la «anti-globalización». Entre ellos, gentes en general pacíficas y solidarias, representantes de movimientos generosos de apoyo a los desfavorecidos del mundo, han aparecido representantes de las más dispares tribus: «anarcos», «okupas», nostálgicos de los tiempos del Muro, con la inestimable colaboración de algunos «borrocas» españoles, que han adornado con despliegue de medios la buena nueva de en-

contrar, por fin, un enemigo socialmente presentable: el turbio capitalismo que oprime el mundo.

No es de extrañar que los espías españoles detectaran esos movimientos en las semanas previas a la concentración de Praga. Por eso, viajaron también ellos a Praga, a sabiendas de que entre los que se significarían en el combate callejero se encontrarían no pocos conocidos. De ahí que haya sido fácil para la Policía checa alguna identificación rápida de los turistas especiales procedentes de España.

Juan BRAVO



a Blanca y Pedrito, con amor, de papa